



Charla con monseñor Hugo Alberto Torres Marín: la alegría de servir desde la sencillez



Por Fabián Rendón Ospina
Coordinador General de Comunicaciones y Asistente de Rectoría
Fundación Universitaria Católica del Norte
farendono@ucn.edu.co

Monseñor Hugo Alberto Torres Marín¹, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Medellín, nos recibió muy amablemente en su oficina ubicada en las instalaciones de la Curia Arzobispal el pasado 14 de febrero.

En un diálogo muy ameno, repasamos temas desde lo personal, lo ministerial y sobre una de las tareas confiadas por el Arzobispo: la pastoral social

Revista Renovación (RR): Monseñor, bienvenido a la *Revista Renovación*, que es de su casa, de la Diócesis de Santa Rosa de Osos.

Monseñor Hugo (MH): Muchas gracias a ustedes por esta invitación. Me siento muy complacido y

honrado por este gesto.

RR: Bien. La primera parte de esta charla quisiéramos dedicarla a lo personal, y dado que hasta el momento no hemos conocido otro medio de la Diócesis que a casi 3 años de su ordenación lo haya

1. Nacido en Briceño-Antioquia, el 9 de agosto de 1960. Ordenado Sacerdote el 24 de noviembre de 1987. Nombrado Obispo por el Papa Benedicto XVI el 3 de mayo de 2011 y consagrado el 4 de junio del mismo año como Obispo Auxiliar de Medellín. El señor Arzobispo le ha confiado las zonas Oriente y Occidente.

abordado en este aspecto, pues sí quisiéramos saber lo que ha significado para usted el llegar a ser Obispo y justamente en esta Jurisdicción.

MH: Pues, ante todo, uno siempre nota la gracia de estado. Cuando yo sentí lo que es trabajar en un oficio de estos y de Obispo Auxiliar, pues yo no podía ni creerlo, sin embargo, pues puedo decir que no he tenido ninguna dificultad en la relación con las comunidades, he entrado de una manera muy fácil, casi me siento parte de un equipo que conociera hace muchos años, es decir, que la experiencia ha sido muy interesante en ese sentido ya que, seguramente por ser de la misma cultura, la misma zona, y de una zona geográfica muy rural, para mí ya no era indiferente las situaciones de pobreza, de dificultad de algunos sectores de la ciudad. De tal manera que para mí un sector de estos es tan parecido como al pueblo más alejado y pobre de la Diócesis de Santa Rosa. Entonces, yo ya venía como de una formación o una experiencia pastoral que me permitió llegar sin traumas, sin problemas y con una adaptación muy fácil; ahí sí ve uno la gracia de estado porque cuando uno creía que no iba como a aportar mayor cosa, va descubriendo que uno se va convirtiendo en referencia para muchos y el hecho de que a uno lo busquen y lo acepten con cierta cordialidad y lo acojan, eso ya es muy significativo.

RN: ... ¿Y a nivel de la familia?

MH: A nivel de familia sí no ha habido muchos cambios (risas). Yo siempre he tratado de marcar muy bien la diferencia entre familia y oficio. La familia se queda en un ambiente más particular y las relaciones son más bien esporádicas. Sin embargo, pues aquí he tenido la oportunidad de brindar un apoyo más cercano a mis hermanos, a mis familiares y ellos saben que cuando yo no puedo estar llamándoles o visitándoles, pues saben que ahí estoy. Entonces no se les ha hecho muy extraño a pesar de que seguramente pensaban que iba a estar más cercano, pero también saben que en razón de mi oficio ellos descubren que no es fácil y que seguimos siendo de la familia de la Iglesia. Esto también es una gracia de Dios poder tener una cercanía así con la familia porque puede uno empujar un poquito más

todos los proyectos a este nivel tratando también que sean independientes y autónomos.

RR: Pasemos al campo ministerial, Monseñor. En la Diócesis lo conocimos sencillamente como el P. Hugo, desempeñando varios cargos y, en la parte final, como Rector del Seminario... ¿Qué ha significado, o lo que ha implicado este paso del ministerio sacerdotal al ministerio episcopal?... en una parroquia y en un Seminario, ciertamente, hay autoridad y responsabilidades, pero en el episcopado se pasa ya a otro nivel, ¿no?

MH: En primer lugar, crece la opción vocacional. Esto exige para uno ser un referente de verdad, y por ello, la coherencia de vida con la vocación, para mí, es una exigencia muy grande. Yo tengo que bregar, por lo menos, a no ser motivo de escándalo para nadie. En segundo lugar, el compromiso ha crecido, igualmente, la vida interior y espiritual. Si uno no está permanentemente en ese crecimiento, pues las dificultades del diario vivir pueden llevarle al traste el ministerio.

Lo tercero, es que yo creo que he podido poner en práctica aquello que el Obispo es, ante todo, Padre, y que lo más importante del ejercicio ministerial es tratar de ser cercano a los sacerdotes y a las comunidades. Casi que esa ha sido mi inquietud, yo creo que poco a poco la hemos logrado ir poniendo

“(...) Esto exige para uno ser un referente de verdad, y por ello, la coherencia de vida con la vocación, para mí, es una exigencia muy grande. Yo tengo que bregar, por lo menos, a no ser motivo de escándalo para nadie”.

en práctica y cada vez que uno va a sumiendo esos compromisos, pues va creciendo más en espíritu de entrega y la capacidad de servicio se refuerza. Y lo otro, es que ya uno se entiende como una persona de un carácter más universal, entonces ya uno ve que no puede estar pensando

como en un sacerdocio muy privado, o un ministerio muy de grupos, sino que uno tiene que estar abierto a toda la realidad de la ciudad. A pesar de que a uno le encarguen aspectos especiales de la pastoral, uno tiene que estar con una dimensión de universalidad y de globalidad que le permita aportar a muchos otros aspectos que, aunque no directamente nos incumben, en cierta forma se convier-

ten en una especie de escuela. Esta Arquidiócesis de Medellín es para nosotros eso: como una escuela porque tiene tantas dimensiones, tanta diversidad, que uno debe tener la visión global de la realidad. Entonces, en síntesis es: compromiso vocacional, trabajar por la misma santidad y el ejercicio de la paternidad con personas y con situaciones.

RR: Monseñor Hugo: el señor Arzobispo le ha encomendado, entre otros, el trabajo con la Pastoral Social. ¿Cuál es su percepción de lo social aquí en Medellín desde una óptica pastoral?... creemos que es un aspecto que, sin duda, soportaría cualquier cantidad de análisis e investigaciones.

MH: Sí, aquí el señor Arzobispo me ha pedido que acompañe un poco el tema de la Pastoral Social. En otro tiempo la Pastoral Social de Medellín era el referente de toda la pastoral, si no del país, por lo menos de la Provincia de las Diócesis que conforman el departamento, y aun de otras, porque era Antioquia y Chocó. Llegó un momento en que de pronto se concentró más en ser una más de las instituciones que se dedican a desarrollar proyectos, pero se perdió la dimensión de que fuera una escuela de lo social que ayudara a formar la conciencia de los sacerdotes y los laicos y el acompañamiento a las parroquias en el tema social. Ahora, lo que hemos querido es dar el paso de ser una simple ejecutora de proyectos a ser como aquella dinamizadora del aspecto social de la Arquidiócesis; por eso, se están fortaleciendo las distintas delegaciones a través de las cuales podemos inci-

dir. Entonces, primero que todo, la formación de los agentes en todo lo relacionado con la doctrina social de la Iglesia, que muy poco conocida es; lo segundo, es el ejercicio propiamente dicho de la caridad y la atención a los más necesitados, y, lo tercero, es todo lo que tiene que ver con la Delegación de Justicia, Vida y Paz y cómo ayudar a esta situación de conflicto, dar criterios y proponer proyectos e ideas que acompañen sacerdotes y laicos y parroquias para que todos entremos en una unidad de criterios en estos aspectos: formación, ejercicio de la caridad, y la paz y la reconciliación.

RN: Excelencia: la Diócesis de Santa Rosa de Osos, en el marco del Plan de Renovación y Evange-



lización, dedica este año 2014 a la misión con el mundo del trabajo y todo lo que ello implica... ¿Podría darnos algunas luces o pistas que iluminen también el quehacer desde este frente de pastoral?

MH: Aquí en Medellín existió hace mucho tiempo una organización muy interesante de las cofraternidades del trabajo, que consistían en unos grupos de laicos de la mano de sacerdotes y religio-

sas que se preocupaban por formar en valores cristianos, morales y éticos, a tantos trabajadores que tienen unas condiciones de vida muy mínimas, casi que su-

“(...) Es que, sin trabajo, yo no creo que haya desarrollo digno de las personas”.

dignidad se pierde en el mundo laboral y las mismas empresas a veces desconocen toda la idea de la persona; les ayudan a formarse a nivel de lo académico, temas familiares y a nivel de capacitación para el empleo. Aquí en Medellín y en Antioquia yo creo que el papel de una Delegación para el mundo del trabajo, tiene que ser que, tanto empleados como empleadores, obreros e independientes descubran la dignidad del trabajo y lo entiendan en lo que realmente es: como esa dimensión de la persona que le permite desarrollarse como tal. Es que sin trabajo, yo no creo que haya desarrollo digno de las personas. Por eso, tomar conciencia de esta realidad es apoyar y poder trabajar, poder aspirar a trabajar y a participar en el desarrollo social. El trabajo tiene que procurar el bien común, de lo contrario se convierte en una serie de individualismos que lo único que construyen es una fuerza que divide, que destruye y termina favoreciendo más la dimensión de tener que de servir. Algo muy importante, y que vivimos acá en Medellín, es cómo lograr que instituciones, empresas, el Estado, las ayudas internacionales, permitan que la gente tenga la posibilidad de trabajar. No vale solamente formar para el trabajo y dignificar al trabaja-

dor, sino brindar la oportunidad de que muchos que están cesantes, que son una gran población, puedan hacerlo; por eso, generar empleo y buscar que muchas empresas ayuden en este aspecto, es un criterio muy importante. El otro criterio que yo vería, es que la gente vaya descubriendo las potencialidades

de las regiones y se les ayude a mirarlas como tal; uno de los problemas graves de Medellín es que se nos están viniendo todas las gentes de los campos, y encuentra uno aquí de la Diócesis de Santa Rosa gente en todas estas comunas que se vienen a buscar mejores oportunidades de empleo, cuando de pronto las oportunidades están es allá en la región; lógicamente se necesita quién les ayude a vislumbrar esas potencialidades y buscar la manera de que se genere allá el empleo, el trabajo, las nuevas propuestas laborales, empresariales... Yo creo que la Católica del Norte con el tema de la formación virtual está ayudando a que la gente permanezca en el sitio... y no sólo tenemos que bregar a que permanezcan en el sitio, sino a transformar ese sitio, buscar salidas, propuestas, y aprovechar los recursos que hay. Aquí en Medellín tenemos que trabajar para que los que lleguen no pierdan su dignidad de personas y aprender a aprovechar las

oportunidades de subsistencia.

RR: Justamente, Monseñor, hablando de la Fundación Universitaria Católica del Norte (hija de la Diócesis de Santa Rosa), hacíamos hace poco la reflexión sobre cómo atender pastoralmente al teletrabajador, una figura de empleo de la cual no

solamente la Católica es pionera, sino que cada vez se impone más en el mundo. ¿Qué opinión le merece esta realidad?

MH: Yo he conocido ya varias personas aquí en la ciudad de Medellín que son teletrabajadores, que lo hacen con multinacionales y están aquí, en su casa, haciendo el trabajo a través del internet. Pero esta gente se puede quedar sola, pueden correr el riesgo de no sentir la cercanía del otro o de sentirse un objeto extraño en los lugares donde se convive. Por eso, yo creo que habría que abrir unos espacios de encuentro, no solamente con acompañamiento virtual, psicológico o anímico desde la red, sino también que la gente busque asociarse, puede ser en grupos de teletrabajadores, para que también tengan el complemento desde los espacios de encuentro, de recreación y de crecimiento persona a persona, donde tengamos, como dice el Papa, la posibilidad para la ternura, de expresarnos, de

sentirnos en nuestra realidad de personas, no solamente desde la mediación. Esta es una de las tareas grandísimas para todo el mundo de la virtualidad. Yo creo que en este punto, la Católica del Norte ha sido gestora de muy buenas propuestas, ha habido espacios de encuentro, pero yo sí creería que debemos olvidar ese complemento, y más en las ciudades que es más fácil lograr que la gente se pueda encontrar en lo físico y la atención sea integral, porque uno sí descubre mucha soledad... los medios tecnológicos nos pueden acercar, pero nos queda faltando ese "toquecito" de afecto que es necesario para todos.

RR: Monseñor Hugo Alberto Torres Marín, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Medellín, queremos agradecerle este paso por la *Revista Renovación* y por este tiempo que ha dedicado a nuestros lectores. Usted fue nombrado Obispo siendo muy joven, es decir que tenemos Obispo para rato... Que el Señor le siga acompañando en su tarea.

MH: (Risas) Muchas gracias a ustedes. Uno está es en manos del Señor los años que sean, ¿no?... lo importante es que lo que hagamos, lo hagamos con las mejores intenciones y respondiendo a las necesidades del mundo y cobijados por la dirección y ayuda de la Iglesia; somos simplemente servidores en la viña del Señor, como dice el Papa Benedicto, y nosotros haremos lo que se nos mande y vamos a hacerlo bien.